

simpatía y sentimiento *escrita* por los directores, que no tuvo tiempo de usar.

—Si llego siquiera diez minutos antes, murmuró—podría haberle dado alientos para vivir un día más.



## POR PASAR LA RAYA

---

Ni el amor repara en castas ni descansa en lecho roto.  
Corrí en busca del amor y labré mi perdición.

(*Proverbios indios.*)

EL hombre está obligado, ocurra lo que ocurra, á mantenerse dentro de su propia raza, de su propia pro genie, de su propia casta (1): el blanco con el blanco; el negro con el negro. De ese modo, cualquiera desgracia que sobrevenga no es, en el curso ordinario de las cosas, ni sorprendente, ni extraña, ni inesperada.

Esta es la historia de un hombre que traspasó premeditadamente los límites trazados á la sociedad en que vivía y le costó caro.

---

(1) Se trata de las castas entre los indios.—(*Nota del traductor.*)



Bien lo advirtió al principio y lo vió después: se interesó demasiado por la vida indígena, pero no volverá á hacerlo.

En una hondonada, en el centro de la ciudad y detrás de los *bustee* (1) de Jitha y Megji, se ve la zanja de Amir Nath, terminada por una pared sombría, en la que se abre una ventana con reja.

A la entrada de la zanja hay un gran establo, y en las paredes del lado opuesto no existe ventana ninguna, porque ni Suchet Singh ni Gaur Chand consentían que sus mujeres vieran el mundo.

Si Durga Charan hubiera compartido aquella opinión, sería hoy el hombre más feliz y la pequeña Bisesa habría podido vivir tranquila.

La ventana de la habitación de Bisesa daba á la estrecha y oscura zanja, á la que el sol no bajaba jamás, y en el negro cielo de la hondonada se revolcaban los búfalos.

Bisesa era una viuda de quince años, y día y noche estaba pidiendo á los dioses que le

(1) Jardines.—(N. del T.)

enviaran un galán, porque no podía acostumbrarse á vivir sola.

Un día el galán, llamado Trejago, llegó á la zanja de Amir Nath, vagando á la ventura, y después de haber pasado junto á los búfalos, tropezó en un gran montón de hierba.

Entonces vió que la zanja terminaba en un muro de roca verdosa y oyó una carcajada, muy argentina, que partía de la reja.

Trejago, sabiendo que para todas las cosas prácticas *Las mil y una noches* son un buen guía, se dirigió á la ventana y recitó en voz baja estos versos del canto de amor de Har Dyal:

¿Puede un hombre, cara á cara,  
contemplar la luz del sol  
ó mirar, sin deslumbrarse,  
al objeto de su amor!  
Si resbalo, si vacilo,  
ángel de mi corazón,  
no me acuses: tu belleza  
refulgente me cegó!

Al terminar, oyó el débil ruido que producían los brazaletes de una mujer, detrás de



los hierros, y una voz dulce y suave comenzó á recitar la quinta estrofa:

¡No es posible que la luna  
hable al loto de su amor  
cuando el cielo está cerrado  
y las nubes, en montón,  
lanzan la lluvia á la tierra!  
Ellas, en giro veloz,  
se llevaron á mi amado:  
por el Norte se perdió!  
Las cadenas que oprimían  
mi amoroso corazón  
mis pies ligan; llama, llama  
al arquero que me hirió...!

La voz calló de pronto y Trejago salió de la zanja de Amir Nath pensando quién podría ser la que había recitado el canto de amor con tanta delicadeza.

A la mañana siguiente, cuando se dirigía á la oficina, una vieja arrojó un paquete en el fondo del carruaje de caza.

En el paquete había la mitad de un brazalete de vidrio; una flor de color de sangre, llamada *dhak*; una pequeña cantidad de *bhusa*, que sirve para alimento de los animales, y once cardamonos.

Aquello era una carta, no de las ordinarias y comprometedoras, sino una inocente é inteligible epístola de amor.

Ningún inglés sería capaz de traducir estas misivas simbólicas; pero Trejago, que, como ya he dicho, sabía mucho de estas cosas, extendió todas aquellas bagatelas sobre su mesa de la oficina y empezó á describirlas.

Un trozo de vidrio, perteneciente á un brazalete roto, le tiene toda india viuda, en el Indostán, porque, cuando el marido muere, los brazaletes de su mujer se hacen pedazos en la misma muñeca de ésta.

Trejago comprendió lo que quería decir aquel pedacito de vidrio.

La flor del *dhak* significa «deseo», «ven», «escribe», ó «peligro», conforme exijan las cosas, á que se une para formar la frase.

Un cardamono expresa «celos»; pero cuando en estas cartas los objetos están duplicados, pierden su significación simbólica y son tan sólo números que indican «tiempo»; salvo el caso en que en la carta figuren incienso, requesones ó azafrán, porque entonces se traduce por lugar.



La epístola decía: «Una viuda — la flor del *dhak* y la *bhusa*—á las once.»

El puñado de *bhusa* iluminó á Trejago; vió (esta clase de misivas dejan mucho espacio al conocimiento intuitivo) que la *bhusa* se refería al gran montón de hierba donde había tropezado y caído en la zanja de Amir Nath, por lo tanto, la *carta* debía ser de la mujer que estaba detrás de la reja, una viuda, y decía así: «Una viuda, la de la zanja donde está el montón de hierba, desea que vengas á las once.»

Trejago arrojó aquellas cosas en la chimenea y soltó la carcajada.

Sabía que en el Oriente los hombres no hacen el amor bajo las ventanas á las once de la mañana, ni las mujeres fijan sus citas con una semana de anticipación, y por eso aquella misma noche, á las once, se dirigió á la zanja envuelto en un *boorka*, el cual sirve lo mismo para los hombres que para las mujeres.

En aquel momento los *gongs* (1) de la ciu-

(1) Instrumento músico de forma circular hecho con una aleación de cobre y estaño, y sobre el que se golpea con un martillo ó un mazo.—(N. del T.)

dad dieron la hora, y una vocecita detrás de la reja entonó el canto de amor de Har Dyal, empezándole en aquellos versos donde la doncella de Panthan ruega á Har Dyal que vuelva.

El canto es muy hermoso en indio, y su traducción puede hacerse en esta forma:

Sola, sobre el terrado de mi casa  
miro al Norte, y escucho; siempre espero  
tus pisadas oír y el tiempo pasa:  
vuelve pronto, mi bien, ó yo me muero!

Bajo mis pies tranquilo todo yace,  
y allá en el triste y apartado otero  
duerme el esclavo y el camello paca:  
vuelve pronto, mi bien, ó yo me muero!

La compañera de mi padre, en tanto,  
vieja indomable, de carácter fiero,  
me hace vivir entre el dolor y el llanto:  
vuelve pronto, mi bien, ó yo me muero!

Cuando el canto cesó, Trejago se dirigió á la ventana, y dijo en voz baja:

—Aquí estoy.

Bisesa era digna de que se la viera.

Aquella noche marcó el principio de muchas cosas extrañas y de una vida doble, tan singular, que Trejago duda algunas veces si fué realidad ó sueño.



Bisesa ó su criada (la vieja que arrojó la carta simbólica en el carruaje) habían arrancado algunos de los pesados barrotes de la reja, de suerte que, al abrir la ventana, quedó espacio bastante para que un hombre pudiera trepar por él.

Al día siguiente Trejago reanudó su sistema de ir á la oficina, vestirse con elegancia y visitar á las señoras de la colonia, pensando cuánto tiempo le tratarían desde el momento en que supieran algo de la pobrecilla Bisesa.

Todas las noches, cuando la ciudad estaba dormida, envuelto en el mal oliente *boorka*, hacía su ronda de un extremo á otro del *bustee* de Jitha y Megji, volvía después rápidamente hacia la zanja de Amir Nath, se deslizaba entre los búfalos dormidos y los sombríos muros y llegaba al lado de Bisesa, oyendo el respirar profundo de las viejas, que dormían á la parte afuera de la desnuda estancia que Durga Charan tenía señalada á la hija de su hermana.

Quién ó qué era Durga Charan, jamás lo averiguó Trejago, y por qué no le descubrían y le acuchillaban tampoco se le ocurrió, hasta que, pasada la locura, Bisesa... Pero esto llegó más tarde.

La india constituía una delicia eterna para Trejago: era ignorante como un pájaro, y la forma en que interpretaba los leves rumores que de un mundo exterior desconocido llegaban hasta ella, le divertía casi tanto como el esfuerzo que hacía para pronunciar su nombre: Cristóbal.

Ni balbucir la primera sílaba podía y con sus manos, semejantes á hojas de rosa, hacía los gestos más cómicos, como si quisiera arrancarse el nombre de los labios, hasta que concluía por arrodillarse ante él y preguntarle, como cualquiera inglesa haría, si estaba seguro de que la amaba.

—Más que á todo en el mundo—respondía Trejago, y era verdad.

Después de un mes de locura, las exigencias de su otra vida obligaron á Cristóbal á mostrarse muy especialmente atento con una señorita del círculo de sus relaciones.

Es un hecho que cosas de esta naturaleza son contadas y comentadas, no sólo por los hombres de la propia raza, sino por centenares de indígenas.

Trejago tenía que pasear con aquella señorita; hablar con ella en el Bond y algunas ve-



ces acompañarla en coche, sin que jamás se le ocurriera que esto podría afectar á su queridísima Bisesa, alejada del mundo aquel.

Pero las noticias volaron de boca en boca en la forma usual y misteriosa, hasta que la criada de la india las oyó y se las refirió á su ama.

La pobre niña se turbó tanto, que hizo mal todos los trabajos domésticos, y la mujer de Durga Charan le pegó.

Una semana después, Bisesa acusó á Trejago por sus veleidades, planteándole la cuestión resueltamente.

Cristóbal se echó á reir; la india golpeó el suelo con un piecico, tan pequeño como los claveles de la India, y que podía esconderse en la palma de la mano de un hombre.

Mucho de cuanto se ha escrito respecto á la violencia de las pasiones orientales es exagerado, como recogido de referencias, pero hay también algo de verdad, y cuando un inglés tropieza con ese algo, es tan asombroso como cualquier sentimiento de su vida propia.

Bisesa rabió, se puso furiosa y acabó por amenazarle con que se mataría si no se aparta-

ba de aquella extranjera, de aquella *Memsahib* que había ido á interponerse entre los dos.

El trató de darle explicaciones y de probarle que no comprendía ciertas cosas como en el Occidente se comprenden: la india se levantó y dijo sencillamente:

—No las comprendo. Lo que únicamente sé es que he hecho mal en adorarte más que á mi vida, *Sahib*. Tú eres un inglés. Yo una negra y la viuda de un negro.

Esto decía, cuando era más hermosa que el oro en barras.

Después gimió, añadiendo:

—Mas por mi alma y por el alma de mi madre juro que te adoro, y que nada malo te sucederá, cualquiera que sea la suerte mía.

Trejago discutió con la pobre niña; tratando de tranquilizarla; pero estaba fuera de sí y nada le satisfacía más que poner término á toda relación entre ellos.

Llegó la hora en que tenían que separarse, y cuando Cristóbal se marchó, Bisesa le besó dos veces en la frente.

Trejago volvió á su casa pensativo.

Una, dos, tres semanas pasaron sin que lograra saber nada de ella.



No pudo más; creyó que la ruptura había durado demasiado, y por la quinta vez en aquel espacio de tiempo bajó á la zanja de Amir Nath, confiando en que sus golpes en el marco de la movable reja obtendrían alguna respuesta: no se engañó.

La luna nueva enviaba sus rayos al fondo de la zanja y hería con ellos los hierros de la ventana, que se abrió á los golpes dados por Cristóbal.

Del fondo de la obscuridad que en la habitación reinaba, surgieron á bañarse en la luz de la luna los brazos de Bisesa.

Ambas manos habían sido cortadas, y las horribles heridas apenas estaban cicatrizadas.

La india inclinó la cabeza conservando los brazos extendidos, y sollozó.

Al mismo tiempo, alguien, detrás de ella, rugió como una fiera, y algo agudo, cuchillo, espada ó lanza, hirió á Trejago á través de su *boorka*. El golpe no alcanzó al cuerpo, pero cortó uno de los músculos de la pierna, lo que le hizo cojear ligeramente todo el resto de su vida.

La ventana se cerró sin que ninguna señal partiera del interior de la casa; sólo se veían

los rayos de la luna rompiéndose en el alto muro, y detrás la negrura sombría de la profunda zanja.

Lo único que Trejago recuerda es que después de enfurecerse y gritar como un loco ante aquellas paredes insensibles, se encontró al romper el día á la margen del río; arrojó allí el *boorka* y regresó á su casa con la cabeza desnuda.

¿Qué había pasado? ¿Bisesa, en un raptó de infundada desesperación, lo había contado todo? ¿Se había descubierto la intriga y la habían torturado para que confesara? ¿Conocía Durga Charan á Trejago? ¿Qué fué de Bisesa?

Nada de esto ha logrado saber Cristóbal; pero algo muy horrible debió ocurrir, y este pensamiento atormenta sus noches, acompañándole hasta que amanece.

Una de las singularidades de este caso, es que ni ha podido saber dónde cae el frente de la casa de Durga Charan. Ignora si está en un patio común á otras dos ó tres casas, ó detrás de alguna de las puertas del *bustee* de Jitha y Migji.

La ventana fué tapiada, y á la pobre Bise-



sa no ha vuelto á verla más: la ha perdido en una ciudad donde las casas están tan guardadas y silenciosas como una tumba.

Pero Trejago cumple sus deberes sociales con perfecta regularidad y pasa por un perfecto caballero.

Nada singular hay en él, salvo una ligera rigidez de la pierna derecha, causada por un esfuerzo que hizo yendo á caballo.



## LA FALSA AURORA

¿Qué ocurrirá esta noche? Dios lo sabe.  
La tierra se estremece anonadada  
y todos con atónita mirada  
vemos su conmoción profunda y grave.  
Muerta tu madre fué; justo es que llores  
y compartas con ella sus dolores.

(En la prisión.)

**N**INGÚN hombre conocerá nunca la verdad exacta de esta historia, porque aun cuando las mujeres se la refieren algunas veces al oído las unas á las otras mientras, al terminar la noche de un baile, están desatando sus cabellos y comparando las listas de las víctimas, como el hombre no puede asistir á estas operaciones, el relato tiene que hacerse desde afuera; de oídas, y es, por lo tanto, obscuro é incierto.

Jamás elogiéis á una hermana ausente de-